

costa de los pingües negocios hechos o a costa del tesoro español o de la pobreza mora, ¿para qué preocuparse de atender a los niños y niñas pobres haciendo resaltar la caridad cristiana, que es, sin duda, el verdadero instrumento y causa efficacísima de la civilización católica? Si de lo que se trata es de negociar con las almas, ¿quién se preocupará, como el caso requiere, del negocio del alma mahometana para trocarla por el alma inspirada en la pureza, desprendimiento y sacrificio del verdadero espíritu de Cristo? De haber pensado con este espíritu, como dijimos con *El Siglo Futuro*, es indudable que en Marruecos habría a la hora presente más sacerdotes, más religiosos y más espíritu cristiano, por lo tanto.

Que no hay bastantes sacerdotes, ni hay bastantes religiosos, ni hay iglesias bastantes y decimos que vamos a civilizar. «Mentira autorizada de los tiempos». España, la gran colonizadora, no ha civilizado negociando y enseñando a negociar; ha civilizado derramando sus tesoros en sus colonias, aunque de ellos se hayan aprovechado, en primer término, españoles de puro nombre.

Ha sufrido España una contrariedad en sus armas, y España entera renace a la vida del amor patrio y se apresta como un solo hombre a lanzarse a reconquistar la superioridad perdida y pueblos baturros y de toda España, y los nobles todos y el mismo Rey, que vendrá a merecer el sobrenombre de El Africano, todos con nuestro magnánimo monarca se deciden a marchar al Mogreb sintiendo en sus corazones los mismos afectos de Alfonso XIII, que, al conocer el desastre del valiente Silvestre, exclamó, arrasados los ojos en lágrimas:

«Es preciso reparar urgentemente el daño, puesto que el pueblo y el Ejército siguen siendo los grandes héroes y los mártires de la Historia de España.»

Y en la prensa hemos leído esta noticia:

«En los círculos aristocráticos, se afirma que varios caballeros de las órdenes militares, se proponen convocar a junta anual a todos los capítulos, para organizar un regimiento de caballería destinado a Marruecos.»

Y no dudamos que el pueblo, la nobleza y el Rey, unidos al Ejército en el más íntimo abrazo, sabrán imponer a las cábilas enemigas y a las que nos hicieron traición, el correctivo indispensable para dejar asentada de una vez para siempre, si fuera posible, la imperiosa necesidad de respetar al ejército y al pueblo de ocupación en Africa.

Así lo esperamos firmemente, sin género alguno de duda; pero ya, convencidos de que nos impondremos militarmente, y hasta, si se quiere, convencidos también de que, por hoy, la disciplina militar recobrará todo su poderoso imperio, no podemos del mismo modo convencernos de que después de restablecer el orden de la fuerza, restableceremos igualmente el orden moral y religioso, disponiendo así el camino para acometer la árdua, la magna empresa de convertir a los moros a la fé de Cristo. Y si no hay en España ni en Africa centros de educación encaminados a preparar a los hombres que han de acometer tamaña obra, propia de españoles, es evidente que deben crearse. Pero ¿quién es el que debe atender esta necesidad? nos atrevemos a preguntar de nuevo.

En vista de lo que antecede contestaríamos con estas palabras: el